

## CAPÍTULO 1: NOCHE DE SAN JUAN, 2021.

### SOPORTÚJAR, GRANADA.

---

Una mujer y una anciana caminaban a través del bosque de la mano de una niña adolescente. La luna llena iluminaba los campos, bañando con su limpia y pura luz todo lo que rodeaba a las mujeres. La anciana, más calmada que las otras dos, avanzaba con decisión, mirando al frente. La mujer de menos edad no dejaba de observar el camino ya recorrido, nerviosa e inquieta.

—Cálmate ya, hija. Nada malo ocurrirá esta noche. Pase lo que pase, haremos lo necesario para tener éxito esta vez. Lo necesario...

—Pero, madre, si alguien nos viese por aquí...

—Si alguien nos viese por aquí acabaremos con ese pobre desdichado. Hoy es la noche... Lo único que importa es que Anna sea recibida por el akelarre y tenga éxito en su prueba. ¡Ahora silencio! Nos estamos aproximando...

La anciana apretó el paso para aproximarse a un grupo de grandes rocas amontonadas en las faldas de una montaña. Sin dudar, comenzó a caminar entre las rocas, recitando una especie de cancioncilla en una antigua lengua, mientras se perdía entre las sombras.

La pequeña, ataviada con una rubias trenzas y totalmente vestida de blanco, se dispuso a seguirla. En el último segundo, su madre la retuvo y giró el rostro de la niña hacia el suyo:

—Pase lo que pase, mi pequeña, estoy y siempre estaré muy orgullosa de ti. ¿Estás nerviosa?

—No, madre. Sé que el akelarre me aceptará, sea cuál sea la prueba que me pidan, estoy segura de que la superaré.

—No olvides que la abuela y yo podremos ayudarte. Lo harás bien...

La niña, orgullosa y excitada, se giró de nuevo y comenzó a caminar entre las rocas, tal y como su abuela había hecho hacía

unos minutos, cantando la misma canción en la misma extraña lengua. La tercera mujer, asegurándose una vez más de que nadie la observaba, dibujó una especie de cruz invertida en su rostro, al tiempo que imploró:

—Todopoderoso Satán, tú que llenas el mundo de tinieblas, danos fuerza.

Sin más, imitó a su madre y a su hija y comenzó a entonar el cántico para perderse, segundos después, entre las rocas.

Unos minutos después, hija, madre y abuela, se encontraban de nuevo en el interior de la gruta. La abuela giró la cabeza para comprobar que el acceso a la gruta se había vuelto a cerrar tras entrar su hija. Una vez segura de que todo estaba en orden, volvió a encabezar la marcha, tomando de la mano a su nieta y con su hija unos pasos por detrás. A los pocos metros, gritos, cánticos y tambores comenzaron a resonar. Al final del corredor, una luz anaranjada bailoteaba con las sombras, y los extraños ruidos se acrecentaban. Poco a poco, el corredor iba descendiendo por la tierra, hasta desembocar en una gruta

repleta de mujeres, de todas las edades y apariencias, que chillaban y jaleaban. Varios tambores resonaban con fuerza, mientras numerosas hogueras arañaban el recargado aire de la cueva. En una gran roca, situada en el centro, una mujer muy anciana disfrutaba torturando a un hombre, cuyas extremidades estaban clavadas a un crucifijo invertido fijado sobre el montículo de piedra. El hombre, aterrado y malherido, gritaba pidiendo auxilio, pero sus lamentos eran acallados por los chillidos de las numerosas mujeres que animaban a la vieja a continuar con su macabro juego. Cuando la anciana percibió la llegada de las tres mujeres, alzó un puño en el aire y, sin previo aviso, todo en la cueva se convirtió en silencio.

—Por fin, comenzaba a pensar que no cumpliríais vuestra palabra, hermanas —afirmó la vieja, provocadora.

—Jamás fallaríamos a nuestro akelarre, mi señora. Como manda la tradición, mi nieta se presenta ante el cónclave en la primera Noche de San Juan tras su treceavo cumpleaños. Rogamos a nuestras hermanas que la acepten entre nosotras,

para que pueda abrazar la brujería como única verdad y el Todopoderoso Señor de las Tinieblas la acoja en su seno como su más fiel servidora —la abuela hablaba con solemnidad, dirigiéndose a todas las mujeres presentes en la gruta.

—¿Acudes a nuestro akelarre libremente, con la firme intención de abrazar al Maligno y cumplir fielmente su voluntad? —preguntó la vieja, dirigiéndose en esta ocasión a la pequeña.

—Acudo con el único deseo de servir a Satán mientras me quede un aliento de vida —respondió la niña, siguiendo las fórmulas que tantas veces había repetido y ensayado con su madre y su abuela.

—¿Entregas a la hija con total devoción hacia el Dios Caído, aceptando su porvenir y vinculando su destino a los designios de Nuestro Señor, Satán? —volvió a inquirir la vieja, hablando en esta ocasión a la madre de la niña.

—Sí, la entrego —respondió, con un hilo de voz.

—¿Y vosotras, hermanas? ¿Aceptáis que la sangre de la pequeña Anna forme parte de nuestro Akelarre y, desde el día

de hoy, la misma sangre corra por nuestras venas? ¡Que las matriarcas hablen por su clanes!

—Las hijas de Lucinda aceptamos —exclamó una mujer de mediana edad.

—Las hijas de Muriel aceptamos —respondió otra.

—Las hijas de Uxía también.

—Y las de Sabela.

Poco a poco, muchas de las mujeres presentes, que parecían hablar por sus familiares, dieron su visto bueno a la llegada de la nueva bruja del akelarre. Cuando ninguna más tomó la palabra, la vieja que parecía ser la líder clavó su mirada en otra mujer, también muy anciana, con una larga melena plateada.

—¿Qué hay de tu clan, Antía? —preguntó, maliciosa.

La mujer de pelo plateado se pone en pie con esfuerzo, ayudada por una de sus hijas. Con la mirada cargada de furia y

rencor, toma la palabra, mirando directamente a los ojos de la abuela de la niña.

—El clan de Xiana, al que pertenece la pequeña Anna, vendió a nuestras hermanas hace varios siglos. Las matriarcas de mi familia juraron en su día que jamás aceptaríamos en el cónclave a las hijas de Xiana sin que probasen que el mal habita en sus corazones. La vieja Xiana tuvo que demostrarlo, su hija Erea hizo lo mismo... La pequeña Anna no será una excepción. Su agravio debe ser compensando...

—Maldita vieja loca, nuestro agravio se compensó hace quinientos años. Muchas matriarcas de nuestra familia pagaron con su vida por su traición. ¡Es la sangre de las brujas la que vuestra familia derrama! —esta vez era la vieja Xiana, la abuela de la niña, la que hablaba, furiosa.

—¡Silencio, Xiana! ¡Las reglas son claras! Si una de las matriarcas se niega a aceptar a una nueva bruja por un agravio anterior, está en su derecho a exigir un pago —explicó la Gran Bruja desde la roca.

—¡Las Xiana llevamos pagando cientos de años!

—¡Y aún así vuestra traición no ha sido compensada! ¡Tus antepasados provocaron que la Inquisición quemase a nuestras matriarcas en la hoguera! —replicó Antía.

—¡Y vosotras nos denunciasteis después para que corriésemos la misma suerte!

—¡La sangre se paga con sangre! ¡Es la ley de las brujas! — Antía respondía furiosa, temblando de pies a cabeza y dominada por la rabia.

—¡Silencio! —ordenó la Gran Bruja.

El resto del akelarre permanecía totalmente inmóvil. La familia de Antía llevaba años negándose a que nuevas brujas del clan de las Xiana entrasen a formar parte del akelarre. Cada vez que una nueva niña cumplía los treces años y se sometía a la voluntad del akelarre, la matriarca de la familia de Antía votaba en contra y forzaba a la bruja neófita a enfrentarse a una terrible prueba para demostrar que su maldad y su magia eran dignas de formar parte del cónclave. En los últimos años, las

pruebas impuestas por la vieja Antía habían sido tan crueles que todas las neófitas del clan de Xiana habían muerto en el intento. Únicamente la madre de la pequeña Anna, Erea, había logrado sobrevivir con éxito a su prueba. Asustada, Erea temblaba, consciente de que la prueba podría acabar con la vida de su hija. Y si su hija moría, la estirpe de las Xiana moriría con ella.

—Esta lucha debe acabar —continuó la Gran Bruja—. El clan de Antía podrá poner su prueba a la pequeña Anna para que pase a formar parte del cónclave —afirmó, mientras que Antía sonreía satisfecha y dedicaba una mirada de desprecio a la vieja Xiana—. Pero si la niña lo consigue —prosiguió la Gran Bruja, haciendo que la sonrisa de Antía se borrara de su rostro—, el clan de Antía no podrá volver a vetar nunca más a una bruja del clan de Xiana y su deuda será saldada por siempre.

La vieja Xiana sonrió, satisfecha. Confiaba plenamente en su nieta, pues había demostrado una gran habilidad para la

brujería y una maldad sin precedentes, así que no tenía duda de que, fuese la prueba que fuese, Anna conseguiría salir victoriosa.

—Antía, es tu deber determinar la prueba que Anna tendrá que superar para pasar a formar parte del cónclave. Habla ahora, o calla para siempre —ordenó la Gran Bruja.

Antía, furiosa por verse obligada a perdonar para siempre al clan rival si la niña lograba superar la prueba, decidió elegir una prueba a la pequeña que nunca ninguna bruja había superado.

—No seré yo quién determine la prueba, Gran Bruja, será nuestro señor Todopoderoso —explicó mientras el silencio de la cueva se hacía casi insoportable—. Cuando Satán eligió a las Primeras Brujas como sus siervas, les regaló el secreto para traer a nuestro poderoso señor de vuelta a la Tierra para la batalla final del mal contra el bien. Por desgracia, las Primeras Brujas fueron descubiertas y ejecutadas cruelmente en la hoguera, llevándose el secreto con ellas a la tumba, en parte por culpa de

la traición del clan de Xiana. En aquella fatídica noche, nuestras matriarcas lanzaron una última maldición al hombre que acabaría con sus vidas, condenándolo a vagar eternamente hasta que ellas volvieran a la vida. Durante siglos hemos tratado de dominarlo, de lograr que ese desdichado hombre cumpliera su tarea, pero ninguna bruja ha tenido éxito jamás. Es un ser enigmático, impredecible, temible y poderoso, que reposa en el corazón de las montañas hasta que es llamado. Nuestra prueba es clara... La pequeña Anna volverá, una vez más, a despertar al único conocedor del secreto para traer a las Primeras Brujas de vuelta y, en consecuencia, de facilitar que Satán vuelva al mundo para gobernarlo con sus tinieblas. Si tiene éxito en su misión, no solo será parte de nuestro akelarre para siempre, sino que tendrá el favor de todas las estirpes y del propio Maligno —un terrible murmullo se extendió por la gruta—. Si en el próximo cónclave Anna ha logrado dominar al Hombre, la niña podrá formar parte del clan.

—¡Maldita bruja loca! ¡Nadie ha conseguido dominar al Hombre! ¡Su maldad y sed son eternas, y dominarlo es tan

difícil de conseguir que las mejores brujas de cada estirpe han muerto sin tener éxito! —la vieja Xiana estaba fuera de sí.

La Gran Bruja, consciente de que no podía oponerse a la prueba que acababa de dictar Antía, ordenó con un autoritario gesto a Xiana que guardase silencio.

—La prueba ha sido determinada. Si Anna tiene éxito, vuestra afrenta se verá saldada para siempre y las Antía nunca más podrán vetaros. Es vuestra oportunidad de reparar vuestro error. Como matriarcas de la familia, cada bruja del clan de la neófita podrá ayudar a su paladina —afirmó la Gran Bruja—. ¡Hermanas, la prueba dará inicio esta misma noche! ¡Que los fuegos de San Juan acompañen a la neófita en su camino y las tinieblas guíen sus pasos! ¡Recitad la plegaria! —ordenó la Gran Bruja.

Al unísono, todas las brujas presentes comenzaron a recitar:

“Aprende magia, pues es lo único cierto en esta realidad. No temas a lo que otros llaman crepúsculo, pues ese reino de luz difusa no es el ocaso, sino el amanecer”.

—Que Satán te guíe, pequeña.

La Gran Bruja se giró con un rápido movimiento hacia el hombre crucificado y, sin previo aviso, clavó un puñal en su pecho. El hombre emitió un profundo y agudo chillido y comenzó a convulsionar. La Gran Bruja alzó la mano que no sostenía el cuchillo y los clavos que fijaban las extremidades del hombre al crucifijo invertido desaparecieron. El hombre cayó de la roca sobre las brujas. Desquiciadas y furiosas, las mujeres comenzaron a desgarrar el cuerpo del hombre, arrancándole las entrañas. Cuando llegaron al corazón, lo fueron pasando de mano en mano hasta que se lo entregaron a la pequeña Anna. La niña lo alzó y chilló con todas sus fuerzas:

—¡AKELARRE!

Acto seguido, comenzó a devorar el corazón, provocando que el frenesí de las brujas se desatase. Gritos, cánticos y tambores se mezclaron en la noche, mientras que iban devorando los restos del desdichado hombre.

